

EN EL NUMERO DE OCTUBRE DE TIEMPO de HISTORIA

Julio Ruiz Herreras
y Jesús Rivera Córdoba

EL DEBATE SOBRE LA INQUISICION EN LA PRENSA GADITANA

La polémica que surgió a raíz de la abolición del Tribunal de la Santa Inquisición, durante las Constituyentes de 1812, dio origen a un claro enfrentamiento entre liberales (partidarios de erradicar de la nueva Constitución tan nefasta institución) y serviles (defensores fanáticos del Tribunal, con todas las prerrogativas reaccionarias que ello comportaba). La vida política española se escindió en dos bandos irreconciliables que, a lo largo de nuestra edad contemporánea, con los apelativos de carlistas y cristinos, reaccionarios y progresistas, o "nacionales" y "rojos", ensombrecieron la historia de España hasta nuestros días. (Facsimil de la portada de la edición original de la Constitución de Cádiz de 1812.)



Javier Fisac Seco

LA GUERRA DE LOS KURDOS

El pueblo kurdo, diseminado entre Turquía, Irak, Siria y el Irán, sufre desde hace años la represión brutal de los Gobiernos de estos países, conscientes del peligro que para sus jóvenes nacionalidades supone la inquebrantable voluntad de independencia de este antiguo e indomable Kurdistan. (En la fotografía, un guerrillero kurdo en las cercanías del nudo ferroviario de Qotur, en la frontera turco-irani.)

EN EL NUMERO DE OCTUBRE DE TIEMPO de HISTORIA

EN estos días se celebra en Madrid el IX Congreso Internacional sobre Prevención y Tratamiento de las Drogodependencias. Cómo se trata a un drogadicto, cómo se puede reducir el consumo de drogas, qué relaciones se establecen entre droga, criminalidad y legislación, cómo se puede coordinar la lucha a nivel internacional y nacional. Comités de honor, destacados ponentes, profundas aportaciones. Cuando pase el Congreso, cuando se olvide, continuarán los drogadictos tomando sus drogas, continuará extendiéndose su uso entre niños pequeños, continuará muriendo algún chico por una sobredosis. Parece inevitable.

Quizá porque no se llega al fondo de la cuestión. Primero habría que preguntarse cuál es el papel de la Psiquiatría. ¿Son enfermos los drogadictos? Cuando se discute incluso si es lícito que exista la Psiquiatría como especialidad médica, ¿cuál es su papel en todo esto? ¿El de cooperar con la ley, auxiliar a la Policía o aportar un conocimiento imprescindible en el equipo de profesionales que debe enfrentarse con el problema?

Lo que se busca al tomar una droga es un cambio de consciencia. La consciencia, el darse cuenta, es un continuo que va desde el grado máximo, el estado de alerta, al mínimo, o nulo, del sueño profundo. Atraviesa distintas fases entre un grado y otro: alerta, consciencia vigil, distracción, ensimismamiento, ensoñación, imaginación, sopor, sueño ligero, sueño profundo. El idioma corriente tiene palabras para definir cada estado. Es un fenómeno extraordinariamente dinámico: se mueve dentro de la escala con ritmicidad (se tiene que dormir cada día), y en las escalas intermedias la movilidad es continua: no se puede mantener mucho tiempo el estado de atención y se pasa continuamente del estado vigil, ligeramente atento, a la distracción, la ensoñación, etcétera. Es un movimiento que todo el mundo puede experimentar y que se considera natural. La distracción es absolutamente necesaria para la vida anímica. Se busca: estar distraído es la forma de placer opuesta al aburrimiento, al darse cuenta del vacío que

El quinto

está en la base de todo sentimiento depresivo.

Placer y consciencia: es un tema poco ahondado. La atención máxima sólo aparece ante el peligro, que se vive, claro, como dolor. El dolor despierta la máxima atención. Todo lo que supone un peligro físico o de otra índole, reaviva la atención. Los grandes terrores cósmicos (el frío, el agua, el viento, etcétera) nos colocan en situación vigilante y dolorosa. Por otra parte, en circunstancias normales hay un placer del sueño. La sensación de adormirse es placentera. O sea: máxima atención: dolor; mínima atención, placer. En la zona intermedia (de la ensoñación, de la distracción, de la imaginación) el placer es igual de evidente.

El inconsciente humano es una fuente de placer, la consciencia es una fuente de dolor. Esto no quiere decir que todo estado de consciencia vigil media, no extrema, vaya acompañado de dolor: la zona de consciencia donde se produce el pensamiento creador, que evidentemente hunde sus raíces en zonas pre-conscientes o inconscientes (la memoria) va acompañada de placer. El placer de la creación espiritual es evidente. Hay que separar dos tipos de creación: la del pensamiento teórico, que tiene su parangón en las matemáticas, y el poético, en el que la raíz inconsciente es mucho más evidente: la poesía es un tipo de pensamiento perfundido por el inconsciente.

El mundo del entorno tiene muchas posibilidades de resultar doloroso. Extremando más la tesis, podría decirse que el mundo es la mayor fuente, y más continua, de displacer, y que el estado normal del hombre consciente es la depresión. La tristeza se ha considerado siempre como una elegancia del espíritu. El enfrentamiento a los problemas animoso, despreocupado, alegre, tiene muchas connotaciones peyorativas: frivolidad, tontería, inconsciencia, etcétera. Es fácil observar la barrera que establece el idio-

jinete: la droga

DR. CARLOS ORTEGA MATILLA

ma entre la elegante melancolía del hombre consciente y la alegre despreocupación hipomaniaca del que todo lo ve de color de rosa. Respecto a la productividad del hombre también hay diferencias notables: en el estado consciente se producen los grandes pensamientos filosóficos, por ejemplo, pero se requiere una cierta dosis hipomaniaca para las invenciones técnicas (si no para su ejecución, sí para su concepción: el hombre español, que es triste, no inventa). En fin, hay pueblos que han influido en el mundo de una forma consciente y dolorosa, y pueblos que viven en un perpetuo estado hipomaniaco.

En el ejercicio (discutido) de la psiquiatría creemos que es mucho más humano y fácil de tratar un enfermo depresivo, que un enfermo hipomaniaco. Con el primero se dialoga, con el segundo no cabe

diálogo posible. El primero tiene un pensamiento lógico, aunque sea discutible, y el segundo tiene una explosión de ideas inconcretas en las que no cabe entrar. El primero sufre, el segundo es feliz.

Si el mundo es deprimente, si la conciencia es dolorosa, lo natural es que se busque la huida hacia zonas inconscientes. Durante su evolución, el hombre ha tenido resortes naturales para esa huida: el sueño, por ejemplo, es una defensa natural contra el imperio de la conciencia. El sueño es el reino del inconsciente, y lo que se sueña cuando se está dormido se ha considerado siempre como la vía magna del inconsciente. El cerebro necesita del sueño para no caer en la locura. No se sabe muy bien lo que significa el sueño en el funcionamiento normal de las estructuras cerebrales, pero hoy se piensa que es la condición ne-

cesaria para que las experiencias recibidas en estado vigil se inserten en nuestro mundo interior, personal, desprovistas de angustia. La angustia es un sentimiento inconsciente que al hacerse consciente se transforma en miedo. Y se disuelve en los sueños para que la experiencia vivida en la consciencia pueda formar parte de nuestro ser. Dormir, por lo tanto, es una huida normal, forzosa en la mecánica del funcionamiento cerebral, pero que se altera con frecuencia. El miedo a la muerte, angustia ante la nada, es inconscientemente la razón de la mayor parte de los insomnios pertinaces. Pero el hombre ha tenido, tiene, otros resortes para la huida de la consciencia sin llegar al nivel del sueño profundo. Son resortes que han entrado en función en el transcurso del tiempo y que actúan en los niveles intermedios, como la imaginación, la ensoñación, el ensimismamiento, la distracción. Todos ellos están a caballo entre la consciencia y el inconsciente, fluctuando a uno y otro lado, quizá con más frecuencia dentro de la

zona inconsciente. La distracción, por ejemplo, como ya se dijo, supone un máximo de consciencia y un mínimo de inconsciente y es un estado que se considera un bien: se busca, se fomenta, aunque un exceso de distrabilidad se tenga por un defecto de la personalidad. Porque hay dos tipos: la que nace de dentro ('es' un distraído) y la que nos viene de fuera ('esto' me distrae): la primera es negativa, la segunda altamente positiva. Socialmente positiva: piénsese en el montaje de la distracción como fenómeno de explotación social. La ensoñación penetra mucho más en el inconsciente, más que la imaginación, pero menos que el ensimismamiento. La poesía es una forma de ensoñación-imaginativa-ensimismada. Los estados de éxtasis religioso son estados pre-conscientes, de ensimismamiento. Una melodía nos transporta, nos saca fuera de la consciencia. Un buen libro nos lleva al mundo de los ensueños. Un trabajo escénico nos saca de nosotros y nos arrastra hacia el mundo de los recuerdos, de las emociones, del inconsciente.

Hay que contar, pues, con una cierta intolerancia a la consciencia, al estar consciente y vigil. Siempre he pensado que el problema de la consciencia requería un tratamiento distinto y que la gradación vertebral que manejamos, entre la atención y el sueño, no era suficiente. Porque hay estados de excepción, en los que, sin embargo, la persona sigue siendo consciente, o lo cree así mientras los vive, y que no son superponibles a los grados clásicos descritos antes. Se trata de una alteración horizontal, no vertical, de la consciencia, o lo que es lo mismo, más que una alteración cuantitativa (de más o menos consciencia), cualitativa (de otro estado de consciencia, mejor o peor). En el enamoramiento, por ejemplo, hay una alteración de consciencia, más como estado de excepción que como variante de grado. La salida del enamoramiento permite apreciar la diferencia. Y la máxima expresión del amor en el plano físico, el orgasmo, es una alteración de consciencia casi fugaz, una retrogradación de la consciencia vigil hacia el inconsciente



Todos los pueblos, en todas las épocas, han buscado la evasión por la droga.

El quinto jinete: la droga

biológico, telúrico, lo que permite —al menos— tener la impresión de que se ha vivido la fusión de dos inconscientes individuales por breves instantes. Porque la conciencia nos limita y el inconsciente nos expande, nos difunde. Nos religa a los demás. Es la esencia de la religión.

De forma que lo que ocurre es que el hombre ha perdido la capacidad de huir de su conciencia por medios naturales (como la mística religiosa, la poesía, etcétera), o tal vez que rechaza ahora esos medios naturales de huida porque le han fracasado después de haber conseguido para su cerebro un estado consciente límite. Siempre se ha alabado la conciencia, por lo menos con el mismo entusiasmo con que se ha despreciado el inconsciente. Y quizá no estemos preparados aún para afrontar la conciencia de la realidad actual, de un mundo físico y tangible creado por nosotros y tan evidentemente monstruoso en algunos aspectos. O tal vez lo que pasa es que el hombre, cíclicamente, necesita descansar de su hiperconsciencia vigilante y sumirse en el inconsciente colectivo. Dionisios desplaza a Apolo. De aquí que se alabe la locura, se la escuche y se combata a los que luchan contra ella con mejor o peor fortuna.

Naturalmente, el fenómeno no es de ahora. Todos los pueblos, en todas las épocas, han buscado la evasión por la droga. Tampoco es nueva su extensión. Ni es un problema ligado a la sociedad industrial. Los pueblos que tenían opio, hongos alucinógenos o alcohol, los han usado. En este aspecto se puede afirmar la relación entre droga y dominio social y sumisión. Las zonas de viñedos nunca han hecho frente al enemigo. Siempre se han entregado, porque lo primero era salvar las viñas, y luego han absorbido al invasor. No puede decirse lo mismo de otras drogas y este es uno de los varios matices que diferencia el alcohol de otros tóxicos. Parece que está claro lo contrario: el adicto a la droga explota al no-adicto. Roba o mata si es preciso para conseguir su dosis habitual, que por supuesto él no cultiva, ni transforma, ni ga-

na con su esfuerzo. Horror al esfuerzo, horror a la lucha: esfuerzo y lucha son términos que pertenecen al plano de la conciencia, de donde podría deducirse que la conciencia surge por el esfuerzo y la lucha necesarios para la sobrevivencia. El inconsciente es placer, entrega, calor. La conciencia es dolor, dominio, frío.

Por todo esto es muy difícil

po, como primera medida. Tarea difícil de acometer, quizá utópica, pero que de una forma u otra habrá de ser emprendida o la situación llevará a que se derrumbe todo por inercia. El hombre necesita enfrentarse de nuevo con la realidad física. Quizá la última razón de las guerras haya sido ésta, la estimulación esporádica de los resortes de supervivencia, y la ex-

creditados por el uso, ajados por la hipocresía, que sería muy necesario, de nuevo, replantear.

Hasta qué punto el desarrollo de nuestros medios de comunicación —televisión, comics, etcétera— están matando el germen de la imaginación al darnos las ideas ya imaginadas, en imagen, o el ruido mecánico y absurdo de nuestras ciudades nos aleja del ensimismamiento, o incluso el exceso de comunicación social ya está agotando en nosotros los resortes de la meditación (consciente/inconsciente) creadora, son temas que deben plantearse. La conciencia nos limita, nos encierra en nosotros mismos, nos individualiza, nos hunde en nuestra propia soledumbre, y la droga se usa generalmente, y al principio, como recurso para una mejor comunicación de la experiencia comunicativa.

En fin, es lógico que el hombre actual, que presume de su conciencia, organice su propia defensa, con su policía especial, sus estudios sobre el tema de la represión, sus congresos y sus comunicaciones para intercambiarse ideas y aplacar su propia angustia viendo cómo el problema es compartido y generalizado. Es lo lógico y es lo fácil. Lo difícil es penetrar el problema y aceptar que si lo que busca con la droga es una alteración de conciencia hacia el placer, hay que analizar si la conciencia dolorosa del entorno tiene que ser forzosamente dolorosa o no, y en última instancia admitir la necesidad del inconsciente humano y reconocerle su propia parcela vital, mirarlo de frente, analizarlo, comprenderlo. Entre otras razones porque tiene su extensión, se quiera o no. Reconocerlo así ha sido una de las virtudes del diálogo psicoanalítico. Negarlo equivale solamente a un autoengaño.

Saber convivir con nuestro inconsciente y aceptar el de los demás mediante la imaginación, la poesía, la relación armónica, la amistad o el amor físico, son posiblemente las formas de evitar que el mundo de lo inconsciente tenga que ser reavivado, o esclarecido, mediante un tóxico. ■
C. O. M.



Lo que se busca en la droga es un cambio de conciencia.

el enfoque social, jurídico o como quiera llamarse para eludir la connotación terapéutica. Tan difícil que apenas se habla de ello y tan complejo que aunque nos veamos invadidos paulatinamente por las drogas, apenas si se ponen en funcionamiento los resortes eficaces para detener el fenómeno, aparte de la represión (tan primaria como espontánea y casi ineficaz). Si la adopción de la droga y su expansión es el fallo de la conciencia, con todas sus implicaciones, parece necesaria una revisión del mundo consciente humano, en el plano social, político, etcétera, es decir, del juego de las relaciones interpersonales y de gru-

pansión de la droga sea la consecuencia de una prolongada paz para la que el hombre no está acostumbrado. Lo que no significa tampoco que la guerra sea deseable, sino que ambos fenómenos, guerra y droga, son la consecuencia de unas relaciones humanas viciadas en la base, de dominio y sumisión, no armónicas, no cooperativas. En la asunción de la realidad física se basan los tratamientos actuales. Además, el hombre necesita poner en juego, otra vez, los resortes naturales de huida de la conciencia, de búsqueda del inconsciente, resortes que no llevan implícita la muerte tóxica o la sumisión de grupo. Son resortes desa-